

Steve McCurry, un hombre National Geographic Society

Texto: Diego Salazar.

Piense en unos ojos verdes, unos ojos verdes profundos con una mirada tan penetrante que probablemente no podrá sostener la vista por encima de unos pocos segundos. Unos ojos inquietantes y llenos de preguntas que alguien retrató para la posteridad. La dueña de esos ojos es (o era) una muchacha preciosa, dueña también de un cabello castaño desaliñado cubierto por un yihab rojo raído que no hacía sino acrecentar el impacto enorme de la belleza de esta niña afgana.

Sin lugar a duda, usted sabe perfectamente de quién estamos hablando. Sin lugar a duda, usted ha visto esa fotografía millones de veces, en innumerables portadas de revistas, en los telediaros, en algún afiche e incluso en más de un reclamo publicitario. La fotografía de la que estamos hablando se ha convertido en uno de los íconos culturales del siglo XX, una imagen a la que muchísima gente ha querido dotar de un sinnúmero de significados y connotaciones, tanto políticas como sociales.

La fotografía de la que estamos hablando fue tomada, allá por 1984, por un joven reportero gráfico llamado Steve McCurry (Philadelphia, 1950) que, a partir de entonces, se convirtió en uno de los más importantes fotógrafos del planeta.

McCurry estuvo en Madrid para inaugurar *Pilgrimage*, la exposición que recoge el fruto de su largo y continuo peregrinaje por tierras asiáticas. La exposición ha reunido 50 fotografías que recorren los rostros y paisajes de India, Nepal, Camboya, Afganistán y Birmania, que han cautivado a McCurry a lo largo de estos casi treinta años de carrera fotográfica.

Tengo entendido que ingresó a la escuela de cine en Penn State, ¿quería convertirse en director de cine?

Bueno, estaba estudiando cine documental, que era a lo que planeaba dedicarme. Cuando salí de la escuela decidí buscar un trabajo en la industria del cine o en fotografía, y el empleo como fotógrafo apareció primero. Creo que yo no estaba realmente preparado para trabajar en el cine, la industria cinematográfica es muy complicada. Empecé a trabajar como fotógrafo en un periódico local con 25 años de edad.

¿Y cuándo empieza a trabajar en grandes reportajes alrededor del mundo, en fotoperiodismo?

Siempre había estado interesado en viajar, lo que quería hacer con mi vida, en ese punto, era viajar y tomar fotos. Así que renuncié y empecé un viaje a la India, que duró dos años, por mis propios medios. Había estado antes en África, Europa y Latinoamérica, así que en realidad fue bastante arbitrario elegir India como destino para ese viaje.

¿Iba en busca de algo en particular, tenía ya alguna historia en mente?

Estaba trabajando en dos historias pequeñas, pero en realidad era tan sólo deambular por ahí, mantener los ojos muy abiertos, atento a encontrar algo interesante. Lo que, en realidad, es una de las cosas más interesantes que se puede hacer, estar dispuesto a ser sorprendido. Todo esto fue allá por 1978, 1979. Estas fotografías se publicaron en algunas revistas pequeñas, obtuve el dinero justo para pagar mis gastos, trescientos dólares por fotografía o así.

¿Qué recuerda, qué le chocó de esa primera experiencia?

La cantidad de gente sobre todo, toda esta gente, tan diferente, que vive en estos lugares. Pero, en realidad, nada me conmovió demasiado. Había viajado antes, había estado en África y América Latina, así que sabía a que atenerme.

¿Qué le interesaba tanto de Asia, de América Latina o el tercer mundo en general?

Bueno, en principio piensas que vas a estar ahí unas semanas, unos meses y ya está. Y, por el contrario, sigo yendo a todos estos sitios interesantes que conocí la primera vez y una cosa lleva a la otra. Pasas unas semanas en India, luego vas a Nepal, vuelves a la India, vas a Pakistán, escalas el Himalaya, escalas en Nepal, escalas en Cachemira. Pasé dos años yendo y viniendo de un sitio a otro esa vez, ¡dos años!, no te das cuenta hasta que lo piensas. Creo que la diversidad es tan rica, hay tantas cosas que ver, que es imposible no quedar fascinado. Luego de eso volví a casa y empecé a recibir encargos de National Geographic con lo que tuve que volver a Pakistán, donde pasé otros siete meses. Si sumas, tienes ya casi tres años. Luego tuve que ir a Beirut, para después recibir otros tres encargos que me llevaron a la India. Así que de pronto te das cuenta que te la has pasado viajando y ya estás en 1985. Y de ahí vinieron Yugoslavia, África, etc. El trabajo sigue llegando y llegando, he trabajado en diferentes lugares, he trabajado también en Estados Unidos, pero creo que, visualmente, el lugar para mí es Asia, es donde encuentro más cosas interesantes.

¿Cuál es la principal diferencia entre trabajar en casa, en su país de origen, y el resto del mundo?

Cuando estás en casa siempre encuentras excusas para no trabajar, tienes amigos, compromisos, familia. Siempre hay algo más importante que hacer que ponerte a tomar fotografías. Cuando estás lejos de casa, por el contrario, no tienes nada más que hacer que trabajar. Luego también está el hecho de que en casa todo te es más familiar y es muy difícil entusiasmarse con cosas que ves todos los días.

Luego de pasar tanto tiempo de viaje, ¿todavía considera que su hogar está en Estados Unidos, en Nueva York?

Absolutamente. Aunque claro, paso por ahí de tanto en tanto, no demasiado. El suficiente para pagar las facturas y demás... No, qué va, yo no pago mis facturas, tengo alguien que lo hace por mí. No he escrito un cheque en años. Creo que no he escrito más de cinco cheques en los últimos veinte años.

¿Dónde se encontraba el 11-S?

Estaba en casa, en Nueva York. Acababa de volver del Tibet. Fue sencillamente impresionante estar ahí, uno de los momentos importantes de mi vida. Me puse en camino de inmediato a la Zona Cero, tardé cerca de una hora en llegar, una larga caminata. Tomé unas cuantas fotos, algunos miles de ellas, en realidad. Hicimos un libro con la agencia Magnum (*New York September 11 by Magnum Photographers*).

¿Qué recuerda de ello, qué sintió al llegar?

Muchas cosas. Me sentía pasmado. Recuerdo haber entrado en esta tienda, una tienda de bocadillos —lamento no haber tomado ninguna fotografía de eso—, y además de que todo se encontraba cubierto de polvo, parecía que todo el mundo acababa de salir corriendo, todo estaba exactamente en su lugar, pero el lugar estaba vacío y en silencio, faltaba la gente.

Usted se ha encontrado en numerosas situaciones extremas ¿recuerda haber sentido esa sensación de pasmo en alguna otra?

Quizá. En un escenario de guerra puedes tener una sensación similar, siempre es una situación muy difícil, oyes las explosiones cerca, sabes que el lugar donde te encuentras está siendo o puede ser bombardeado.

¿Tiene memoria de su primera guerra?

Sí, por supuesto. Me encontraba en Afganistán. Estaba asustado, siempre estás asustado cuando hay gente intentando matarte, es bastante pavoroso ser consciente de que alguien puede matarte en cualquier momento. Creo que uno nunca llega a sentirse cómodo o acostumbrado a este tipo de situaciones. Son momentos tan llenos de drama, de tragedia.

¿Cuándo se encuentra de vuelta en casa y se sabe seguro y protegido, alguna vez ha extrañado la adrenalina de esas situaciones extremas?

No, en absoluto. No creo que jamás haya extrañado estar en medio de una guerra. Además, viajo muchísimo, siempre que me encuentro de vuelta en casa sé exactamente cuando voy a tener que volver a salir para otro encargo, así que no hay tiempo para experimentar esa añoranza.

¿Qué espera que vea la gente en sus fotografías?

Bueno, sencillamente quiero que la gente pueda apreciar el mundo en el que vive; que se maraville, se emocione, ante todas estas cosas interesantes que tenemos en el mundo. Quizá sea tan simple como eso. Sabes, el mundo es un lugar tan maravilloso, tan profundo, lleno de significados, que me parece necesario guardar una memoria de todo ello. No creo que sea más complicado que eso. Uno puede pontificar, decir mucha mierda al respecto, intentar sonar inteligente o intelectual, pero es bastante sencillo, estaremos muertos en unos cuantos años así que intentemos disfrutarlo por un momento, porque muy pronto todo se habrá acabado.

Cuando inició su carrera, ¿tenía algún fotógrafo como modelo a seguir?

André Cartier-Bresson. Él era una verdadera inspiración para mí. Creo que Cartier-Bresson disfrutaba muchísimo, obtenía muchísimo placer, de viajar alrededor del mundo tomando fotografías, conociendo personas, acercándose a distintas culturas, aprender del comportamiento humano, aprender las diferentes maneras que tiene la gente de relacionarse entre sí. Estaba muy interesado por ver cómo la gente se relacionaba con su entorno. Era un tipo con mucha vida dentro, energía y fuerza, que realmente disfrutaba de lo que hacía. Y eso puede verse en sus fotografías, puede aprender mucho de sus fotografías.

Cuando viaja por primera vez a un lugar, ¿se preocupa por leer mucho al respecto, por conocer de antemano el lugar donde va a trabajar?

No realmente. Leo un poco, muy poco. Pasa que las cosas cambian muy rápidamente, aquello que está en un libro puede ser cierto durante un tiempo, pero pasa un año, dos años, vas a ese sitio y te encuentras con que todo ha cambiado. Intento no planear demasiado mis viajes, no llegar con muchas ideas prefiguradas acerca de cómo es ese lugar, me gusta llegar e ir descubriendo cómo son las cosas, sumergirme y yo mismo.

¿Podría relatarnos cómo tomó la famosa fotografía de la niña afgana?

Nos encontrábamos en una escuela, una escuela de chicas, en este pequeño poblado. Lo interesante era precisamente eso, que era una escuela de chicas, así que se nos presentaba una oportunidad de fotografiar mujeres. Sólo estás autorizado a fotografiar mujeres hasta la pubertad en el mundo musulmán, así que me sentía muy feliz de tener esta oportunidad de fotografiar a estas chicas tan jóvenes. Ella era una de las chicas en clase. Fotografié a varias de las niñas, pero ella tenía este aspecto realmente extraordinario y pasé cerca de cinco minutos fotografiándola sólo ella, cinco de los veinte minutos que estuve ahí.

¿Cómo le convenció?

Bueno, no está prohibido, es posible fotografiar chicas de esa edad, pero tuve que conversar con el maestro, fotografié a algunas de sus compañeras primero, básicamente para mostrarle a ella que no había ningún problema con ello, que no le íbamos a hacer daño. Ella tenía este aspecto espectacular y yo sabía que podíamos sacar algo extraordinario de ahí. En la tienda donde tomamos las fotografías entraba este rayo de luz natural que hacía que todo se viera de una manera especial.

¿Y cómo fue el reencuentro, diecisiete años después?

Como puedes imaginar, cuando no has visto a alguien por diecisiete años la imagen que tienes de él o ella se ha mantenido en la memoria y...imagina que alguien que no te ha visto en los últimos diecisiete años se reencuentra contigo. Con toda seguridad se asombrará mucho de verte tan cambiado, resultará un shock enorme. Lo mismo con ella. Cuando la fotografié era esta niña pequeña, bastante hermosa, y ahora, con todo el tiempo que ha pasado, con esa vida tan dura que ha debido atravesar...bueno, era posible ver todo eso en su rostro.

¿Lo recordaba?

No creo que me recordase a mí, físicamente. Pero sí recordaba el día en que fue fotografiada, porque nunca había sido fotografiada antes.

¿Había visto la fotografía antes?

No, no había visto la revista hasta que yo se la mostré. En realidad, ella no sabe que es una revista, no sabe leer, en ningún idioma, menos en este idioma extraño llamado inglés. Así que no entendía, ni conocía, el hecho de que su fotografía ha sido reproducida cientos de miles de veces. Le divertía el hecho de verse ahí, en esa fotografía, pero no estaba excitada al respecto, porque, claro, no sabe de qué se trata. Probablemente pensaba que esa era la única fotografía suya que existía en el mundo, no sabe que la fotografía ha dado la vuelta al mundo muchísimas veces. Nabokov solía odiar el hecho de que Lolita era muchísimo más conocida que él, ¿Le molesta que se le pregunte por esa fotografía?

Cierto, Nabokov odiaba Lolita. O eso decía. Creo que el hecho de que Lolita no sea solo un libro, una película, sino que se haya convertido en un término que utilizamos para designar algo, ser capaz de crear una obra que pase a ser una referencia cultural, es algo de lo que puede estar orgulloso. Cualquier fotógrafo que tenga una fotografía así de famosa, seguramente está honrado por ello. Es mucho mejor tener una fotografía que la gente aprecie que no tener ninguna.

¿Ha estado mucho en Latinoamérica?

Sí, he ido varias veces. La última hace un par de años, haciendo unas fotografías para una marca de café, Lavazza. Estuve en Perú, Honduras y Colombia.

¿Qué prefiere, América Latina o Asia?

Asia, sin ninguna duda. Pasa que en América Latina todos comparten la misma religión; la arquitectura, excepto por Machu Picchu y otras ruinas, es casi toda colonial, española, portuguesa. Mientras que en Asia hay una variedad mucho mayor, en todos los sentidos. No conozco exhaustivamente América Latina, pero he viajado algo por ella y existe una especie de uniformidad respecto a lo que te puedes encontrar. En Asia vas de Afganistán a Nepal a China...es tan rico, te encuentras con tantos idiomas, mientras que América Latina, básicamente, todo el mundo habla español y en Brasil portugués.

¿No disfruta fotografiar motivos occidentales?

No es exactamente que no lo disfrute, lo disfruto. Pero en realidad no tengo tiempo, me gustaría hacerlo, he tomado muchas fotografías en Estados Unidos, y me gusta, pero el tiempo es poco, el tiempo se va rápido, y mi tema principal es Asia.

¿Qué es lo primero en que se fija al llegar a un país o una ciudad?

Todo. Me gusta tener una primera visión general, quiero hacerme una idea general de cuál es el estado de ánimo de la gente, qué está pasando en este lugar, qué les interesa. Viajo generalmente con un traductor que me hace de guía y asistente. Además de un chofer, normalmente. Y ellos me ayudan en esta labor de ubicarme en cada sitio.

¿Cuál fue su última experiencia de guerra?

Estuve en Afganistán en marzo, aunque en realidad no se vivía una situación de guerra en ese preciso momento. Probablemente no me encuentro en medio de una guerra desde hace diez años, precisamente en Afganistán, en 1995 si no me equivoco. ¿Cuál cree que es la ventaja que tiene la fotografía frente al periodismo escrito a la hora de retratar estas situaciones extremas?

La principal es que cuando yo dejo el lugar, mi trabajo ya ha terminado. Tú tienes que volver a tu hotel, o a casa, y sentarte a escribir. Luego también está el hecho de que yo tengo que estar ahí, tengo que estar presente sí o sí para hacer mi trabajo, tú puedes estar en el hotel y entrevistar a varias personas y reconstruir la historia con esos retazos de relato, y o no, yo debo estar ahí. Para un periodista puede bastar mirar por la ventana, para mí no, yo tengo que bajarme del coche y exponerme para conseguir la imagen que quiero. Y esa es una diferencia bastante importante. Creo que nunca me había detenido a pensar en esto.

¿Conoce muchos corresponsales de guerra?

No muchos la verdad, he trabajado con algunos pero llevo muchos años sin trabajar con un escritor.

¿Conoce a Jon Lee Anderson?

Sí, por supuesto. Quizá trabajemos juntos pronto. Es un gran periodista, nos hemos visto unas cuantas veces en Afganistán y también en Nueva Orleans. Me encantaría trabajar con Jon Lee. Su libro sobre Afganistán es estupendo, una investigación enorme y él posee un estilo maravilloso. Jon Lee es una de las personas que realmente respeta en este negocio.

¿Habla algún otro idioma?

No, ninguno. Es algo bastante vergonzoso, la verdad. Creo que la razón es que nunca he estado el tiempo suficiente en un mismo lugar como para poder aprender el idioma.

¿Cuál es el recuerdo más chocante que tiene de toda su carrera?

Quizá la Guerra del Golfo. También el 11 de setiembre, pero creo que lo más dramático y perturbador fue la Guerra del Golfo.

¿Estuvo usted incrustado (**embedded**) con un soldado del ejército americano?

Sí, pero esa no fue la parte interesante. Lo más impresionante vino después, en los campos petroleros, tras los bombardeos, con toda esta destrucción y devastación, una verdadera matanza. Era como un gran set cinematográfico, las torres petroleras habían explotado y tenían fugas, con lo que el cielo se encontraba tan oscuro, parecía que la noche duraba todo el día. Era una situación extremadamente dramática y desoladora visualmente.

¿Duerme bien cuando se encuentra en este tipo de escenarios?

Sí, duermo bastante bien, la verdad. Mi habitación de hotel en Basora se encontraba en un octavo piso, el ascensor no funcionaba, no había agua en los grifos, las puertas no tenían cerraduras, los iraquíes no paraban de robar nuestras cosas, así que teníamos que estar alertas, pero aún así conseguía dormir.

¿Se ha sentido cerca a la muerte muchas veces?

Solamente una media docena de veces. Algunas veces eres consciente de lo que va a ocurrir, como en un accidente de avión. Otras veces, bajo un bombardeo, sabes que puede ocurrir, pero no lo tienes tan claro hasta que ocurre. Una vez en Afganistán nos estalló una bomba a treinta metros o así, en ese momento pensé que todo se había acabado. Pero hay veces en las que ves venir la muerte con toda seguridad. Tuvimos un accidente de avión en África, íbamos en un biplaza, tuvimos que ejecutar un aterrizaje de emergencia, el piloto perdió el rumbo, realmente se perdió, así que tuvo que llevar el avión a tierra sobre un campo o lo primero que encontrara. Podías ver cómo íbas a estrellarte contra el suelo, ahí no había ninguna pista de aterrizaje ni nada por el estilo. Pero bueno, uno puede tener una experiencia cercana a la muerte en las calles

de Madrid. Intento ser cuidadoso y no preocuparme demasiado, no puedes darle demasiada importancia porque de lo contrario te verías paralizado por el miedo. Sólo se puede ser cuidadoso y esperar lo mejor.